



LA ESTATUA DE MENDIZABAL.

Al ver concluida en el estudio del señor Grajera, y concluida con feliz éxito, la estatua de Mendizábal, hemos sentido como amantes entusiastas de las bellas artes una doble satisfacción.

Primero porque hemos saludado á un hábil artista que viene á aumentar el escaso número de buenos escultores que poseemos.

Segundo porque como una esperanza halagüeña y rica de colorido se ha presentado á nosotros la idea de que habiendo quien las haga, no será esa la última estatua que adorne nuestras desiertas plazuelas y nuestros solitarios paseos.

La patria, tan ingrata para con sus hijos que la han honrado, sacará de este ejemplo una lección provechosa, y al elevar un monumento á los que la ilustraron, se honrará á sí misma.

Mentira parece que en todo Madrid no vea el viajero tributado un recuerdo mas que á Cervantes, cuando ninguna nación ha sido tan fecunda en grandes hombres como la nuestra.

Mentira parece que los gobiernos no hayan pensado en tributar el homenaje de una estatua á los muertos ilustres, cuando tanto se prodigan por miras políticas.

Pero el primer paso se ha dado, la capital de las Españas

contará dentro de poco una estatua mas, que ojalá sea el preludio de otras y haga salir de su letargo á los que tienen hasta obligación de honrar así la celebridad ya muerta.

Ningun embellecimiento mejor puede adoptarse que las obras de arte; por eso la Plazuela del Progreso, sitio en que segun parece va á colocarse la estatua de que nos ocupamos, ganará infinito con este monumento.

La comision que tanto ha hecho para lograr su proyecto, ha comisionado á su vez al escultor para que la haga fundir en París, vistós los inconvenientes con que se ha tropezado para su fundicion en España.

Nos alegramos de esta determinacion por muchas razones.

Primera por la estatua.

Segunda por el escultor; en el estado en que se encuentran las bellas artes en España le hubiera sido muy difícil al señor Grajera poder hacer un viaje á la metrópoli de ellas, y sin esta no hubiera tenido ocasion de apreciar prácticamente los adelantos de una arte que los Pradier, Clessinger, David d'Angers, Pallet etc. etc. han llevado á la perfeccion.

20 DE ABRIL DE 1856.

Las pensiones á países en que se cultivan con universal aplauso las bellas artes, deben ser el complemento de la educacion del artista.

El señor Grajera que ha dado pruebas de valer, necesita quizás mas que ningun otro ese estudio práctico.

Porque de ese modo perfeccionará sus obras en lo sucesivo.

No es esto decir que las que ha hecho hasta aquí y la de que nos ocupamos no valgan mucho, sino que la ciencia y el estudio nunca estorban.

Prácticamente nos lo ha demostrado el artista de quien hablamos, concienzudo hasta la exageracion y estudioso como el que mas.

Su obra nos demuestra lo nutrido que se halla en los buenos principios, y lo mucho que ha consultado en los grandes maestros.

La estatua de Mendizabal es grandiosa, es digna, y sin embargo es sencilla en su todo, está hábilmente detallada.

Unir lo grandioso á lo sencillo, la majestad del conjunto á la minuciosidad del detalle, es el fin verdadero del arte segun nuestro escaso entender.

Y el señor Grajera lo ha logrado.

Huyendo con la habilidad de verdadero artista de los dos extremos peligrosos en que se puede caer, nos ha dado una prueba de lo que vale su talento.

Ni sacrificando el conjunto á los detalles ha caído en la mezquindad, ni olvidando estos por una grandiosidad mal entendida ha venido á parar en el *barroquismo*.

Las líneas principales de su estatua bien combinadas, la engrandecen.

Sus detalles concienzudos y hábilmente ejecutados, la embellecen.

De extraordinario parecido, de paños ricos y severos, de bien estudiados extremos y de planta noble y digna, esta estatua se hace notar mas que nada por su severidad.

El estudio del antiguo por más que se lo hayamos oído decir á algunos artistas, perfecciona el gusto, y el gusto en estética es uno de los caracteres necesarios de la belleza.

El poco aprecio de la severidad de las obras griegas hace caer en el defecto de que adolecen un poco los franceses y produce las Venus de Pradier, mas coquetas, mas grisetas que la de Milo, pero infinitamente inferiores bajo el punto de vista de la belleza pura é ideal á que debe tender una obra de arte.

El plegado de la capa adorna mucho en la obra del señor Grajera, y aun cuando no estamos completamente conformes con su opinion de que no puede sacarse todo el partido deseado de una figura vestida de levita, ó gaban, ó uniforme, aprobamos sin embargo su determinacion de habérsela puesto, porque entre la actual y el modelo primitivo media un abismo.

En el extranjero hay infinidad de estatuas sin capa ni manto y son bellísimas: no recordamos ahora todas, pero ahí están las de Schiller en Alemania, Papin, Dombasle y otros en Francia.

Pero esto ya no reza con el señor Grajera: al poner la capa á la estatua de Mendizabal solo se comprometió á sacar todo el partido posible de ella; juzguemos pues únicamente la obra concluida y dejemos al artista libre el camino para elegir todo lo que pueda embellecer su obra.

Hemos dicho ya que la capa está muy bien combinada, muy hábilmente plegada y muy artísticamente ejecutada; no tenemos derecho para pedir mas.

En el dominio de la critica debe estar únicamente el resultado de la obra; los medios de que se ha valido el artista, no tienen nada que ver con ella.

Jamás hemos preguntado á un pintor, á un escultor, á un poeta ni á un músico cuánto han tardado ni con qué lo han hecho.

Solo hemos censurado á los que han plagiado ó á los que en escultura vacían del natural los detalles de su obra.

Fuera de esto ni el tiempo ni los medios son de nuestro dominio.

Respetemos pues la opinion del señor Grajera al poner capa á su estatua, en ello ha ganado esta.

Por cualquier lado que la mire el espectador, los pliegues están tan acertadamente dispuestos que dejan satisfecho aun al mas descontentadizo.

El desnudo vive debajo de las ropas de la estatua, y aun á pesar de la dificultad de este requisito el señor Grajera lo hace sentir en los movimientos y en el modo de plantar de su obra.

Reciba pues nuestro sincero parabien, dado de todo corazon por su trabajo; estudie sin desmayar la difícil carrera que sigue con gloria, y él llegará aun mas allá del punto en donde su estatua le ha colocado.

Grajera adelanta todos los días.

De los primeros bustos suyos al de Quintana y San Miguel hay una gran distancia.

El modelado de estos últimos, la suavidad de las líneas y la severidad general de las cabezas se hace sentir mucho cuando se comparan con los otros dos que tiene en el estudio: sobre todo con respecto al del señor Lozano.

Ya el que hizo de nuestro amigo Zarco del Valle era un adelantado; los últimos suyos lo son aun mas.

La estatua es la obra de un artista consumado, es la honra de un estudio.

Siga pues en esa senda, que del suyo puede salir mucho.

Tenemos gran confianza en su talento y en su aplicacion y nos honramos con su amistad: era pues un deber consagrar unos renglones, aunque no tengan el sello de la facultad, á una obra tan aplaudida por todos, y que debe tenerse en cuenta para que su autor no se hunda en el abismo del olvido en que tantos y tan apreciables artistas están sumidos.

AGUSTIN BONNAT.

HISTORIAS DE AMORES.

INTRODUCCION.

En el artículo titulado MI VUELTA AL MUNDO ofrecí á mis bellas y sentimentales lectoras escribir historias de amores, y voy á cumplir la promesa. Ofrecí escribirlas admirables, y, aunque en los tiempos que alcanzamos es muy difícil producir esas impresiones sorprendentes que se llaman admiracion, haré cuanto esté de mi parte para escribirlas singularmente interesantes, y si no consigo mi intento, mas será por falta de ingenio que de buen deseo y actividad. Este modo de discurrir se va pareciendo muchísimo al de todos los malos autores, quienes con fingida modestia dicen al público que solo aspiran á complacerle, aunque salen á la palestra con la timidez que debe inspirarles su escasísimo merecimiento; y la verdad es que solo aspiran á ganar unos cuantos reales, que su modestia es una ridícula farsa, y que se creen los genios mas privilegiados que han existido desde Homero á Byron, con perdon sea dicho de los que viven, y entre los cuales no busco personificacion para no ofender á ninguno. Yo no quiero usar falsa modestia ni hacer vanidosos alardes. La hipocresía y la vanidad son dos vicios ó dos virtudes, tan revuelto anda el mundo moral que es muy difícil consignar lo que es vicio y lo que es virtud, que no me hacen gracia, y por lo tanto me limitaré á decir que escribiré lo que me ocurra, dejando á mis caras lectoras en la mas amplia libertad de censurarme ó aplaudirme, de leer con amor ó arrojar con ira las páginas que las ofrezca. He dicho.

PRIMERA HISTORIA.

Amor de ángeles.

I.

Los que dicen en alta voz que la madre naturaleza es una sangrienta madrastra son calumniadores de oficio y verdaderos parricidas: la naturaleza es una madre singularmente cariñosa; y está la prueba incontestable en que todos somos niños, bastan-

tes menos hombres y muchísimos menos ancianos. Si la naturaleza fuera madrastra, hubiera arreglado las estaciones de la vida en razón inversa, empezando por la vejez. Espanta verdaderamente el imaginarse este arreglo. El que naciera siendo viejo y muriese sin haber descendido á lo que llamamos ser hombre, se encontraría desde el momento de ver la luz en el pleno goce del desengaño sin haber visto nunca por el prisma de la ilusión. Quien llegara á la segunda edad, la de hombre, sin descender á la tercera, la de niños, pasaría del infierno del desengaño al purgatorio de la duda, sin llegar á ver ni un solo instante el hermoso cielo de la ilusión; y quien tuviera la fortuna de tocar el último término, la edad feliz, habría pasado todo lo malo antes de poder saborear lo bueno. La benéfica naturaleza, madre cariñosa del hombre, ha tomado distinto rumbo. Sus hijos mimados mueren niños, habiendo vivido siempre en la atmósfera de sus doradas ilusiones; los que no han merecido de ella tan señalada predilección, mueren hombres, cuando batallan en el purgatorio de la duda; y únicamente los muy desgraciados mueren viejos, cuando están penando en el infierno del desengaño y la impotencia. Muchos dirán que mi teoría presenta la vida como un mal y la muerte como un gran bien: yo no sostendré lo contrario; pero la teoría que he presentado no me pertenece como propiedad; pues antes de Cristo decía un célebre filósofo griego, respondiendo á la pregunta de que cómo sería el hombre mas feliz: *no habiendo nacido, y si habia nacido muriendo luego*; y la moral cristiana nos enseña que en la vida hacemos una peregrinación penosa por medio de un valle de lágrimas.

Sé muy bien que podría haber ahorrado á mis lectores cuanto llevo escrito, porque no es del caso para mi historia, pero lo he escrito para decir despues que todos hemos sido niños, y que sabemos cuán puro y hermoso es el mundo de las ilusiones y los sueños. Recordad, amables lectoras, todas las doradas ilusiones, todos los místicos ensueños que habeis tenido á los floridos quince años; recordadlos una y mil veces, y tendreis historias mas poéticas, ó por lo menos tan poéticas como la que me propongo contaros. Y no lo digo esto porque no sea la mía muy seductora: lo es tanto que yo mismo tengo mis éxtasis al recordarla, y preferiría á que se borrara de mi memoria ser viejo veinticinco veces, ó, lo que es lo mismo, vivir quinientos años en el mundo del desengaño, sin que refrescara mi alma el soplo vivificador de una ilusión encantadora; de una de esas ilusiones que son al alma lo que á las flores el primer rayo de sol de un día de primavera, de ese sol que las orea el rocío y las presta vivos colores. Basta pues de pinturas poéticas, tanto mas poéticas despues de esas áridas consideraciones filosóficas que tuve el mal gusto de escribir, y entremos á velas desplegadas en la narración de mi historia.

II.

Rosa era una niña muy bonita, tan bonita como la flor que lleva su nombre. Tenia unos ojos deliciosos, extraña mezcla de azul y pardo, con una expresión candorosa que es imposible describir y sería difícil encontrar en las vírgenes de Murillo. Su tez tenia el blanco nacarado que tiene la concha de la perla y la frescura de las rosas en las alboradas de abril. Sus facciones, menudas y proporcionadas, la daban el aspecto mas infantil, y era la graciosa sonrisa de sus frescos labios tan seductora y comunicativa, que llevaba al fondo del alma el mas casto y puro placer. Era mediana su estatura, sin ser pequeña, y sus formas parecían modeladas sobre esos cuadros de las gracias llenos de poética morbidez. Abundantísimos cabellos castaños coronaban su tersa frente y sombreaban sus mejillas de hojas de azucena, y si era preciosa su garganta, no lo eran menos sus pequeñas manos, formadas de hojas de jazmín. Ver á Rosa y no amarla luego era empresa sumamente árdua, y Julio, que la vió, la amó con un verdadero entusiasmo.

No era Julio hermoso como ella, ni mucho menos; pero, aunque apenas habia cumplido veintidos años, tenia un aspecto enteramente varonil y esa formalidad precoz que aprecian siempre las mujeres, cuando no son lo bastante viejas para desear reju-

venecerse explotando la alegría infantil de sus adláteres. Si no era Julio un hombre de mundo en lo gastado, lo era en su elegante desembarazo que ejerce cierto prestigio, y aun predominio, en la sociedad; y, como no carecia de amena instrucción y recto juicio, era recibido con aprecio y tratado con distinción. Rosa empezó por recibir bien los galantes obsequios de Julio; obsequios que en un principio no pasaban de esas distinciones sociales, que no encubren una profunda simpatía, pero que no pueden llamarse una declaración de amor; y Julio encontraba junto á Rosa una felicidad purísima, trasunto de la que disfrutaban los ángeles adorando al Dios que los cria. Pasaban días, y cada día era la simpatía mas tierna, las distinciones mas marcadas, la unión de las almas mas íntima; de modo que, al mes de tratarse, eran Rosa y Julio dos amantes muy cariñosos sin haber tenido necesidad de formular ni una declaración en forma, ni una respuesta categórica como sucede de ordinario. La falta de esta formalidad no impedía que los dos se creyesen ligados por el estrechísimo lazo de la mas íntima afición, y como no tenían ningún inconveniente en manifestársela á los ojos de todo el mundo, cuantas personas los rodeaban sabían el secreto de su amor.

Aunque Julio tenia algunos años mas que Rosa, la virginidad de sus almas se encontraba á la misma altura, y los dos vivían del mismo modo en el mundo de la ilusión. No faltarán personas que maliciosamente se sonrían al oír hablar de la virginidad del alma de un jóven de veintidos años; pero estas personas incrédulas darán vado á sus maliciosas sonrisas cuando sepan que Julio y Rosa no vivían en el año de 1856 ni en la coronada villa de Madrid, sino en el año de 1840 y en una capital de provincia; diferencia de quince años y de localidad que influye mucho mas de lo que parece en la cuestión que debatimos. También deberán tener presente que Julio habia pasado toda su primera juventud dedicado al estudio, y que aunque no era lo que se llama un colegial, porque habia frecuentado desde muy niño la buena sociedad, no se habia consagrado á un prematuro galanteo, y sus queridas habian sido las mejores obras de los filósofos, los poetas, los publicistas, los historiadores, los economistas y los juristas tanto nacionales como extranjeros. Fortalecida su alma jóven con el trabajo del estudio, en vez de gastada con veleidosas pasioncillas, podía y debia entrar á velas desplegadas en el oceano de la pasión, sin las áncoras de la duda que hacen perezosa la marcha.

III.

Julio entró á velas desplegadas en el oceano de la pasión; pero no entró tumultuariamente ni con su arrebatado salvaje que destruye cuanto detiene su violenta y fogosa marcha. Entró como la nave que sigue el impulso de las brisas en una mar libre de escollos, como la paviota que despues de haberse bañado, se desliza sobre la superficie de las olas, para que el sol oree las plumas que la espuma bordó de perlas; y como encontraba otra alma casta, las tormentas no aparecían en nebulosos horizontes, ni las olas se embravecían, ni los aquilones bramaban. Jóvenes y amantes, Julio y Rosa se encontraban felices juntos, se separaban con una tristeza que no tenia nada de dolorosa, pensaban el uno en el otro con éxtasis, pero sin esa impaciencia febril que es un verdadero tormento; y volvían á verse con esa alegría dulce y tranquila, señal clara de que se ha tenido la seguridad mas completa de que habia de llegar este momento. Su vida tenia ese perfume y ese temple de las tardes de primavera en los jardines de Andalucía. El ambiente que los rodeaba era aromático y era tibio; pisaban el florido cesped con que Dios alfombra los campos, alfombra mas mullida y rica que cuantas trabaja la Persia; y se deleitaban con el perfume suave de millones de flores, mas exquisito y refrigerante que los pebetes del oriente.

¿Qué queria Rosa? ¿Qué queria Julio? ¿A dónde llegaban sus deseos? ¿A dónde sus aspiraciones? ¿En qué límites se encerraban? ¿Tenían proyectos y esperanzas? Es muy difícil contestar á este cúmulo de preguntas. Rosa y Julio tenían indisputablemente una gran necesidad de amarse y de verse correspon-

didos; Rosa y Julio se amaban hasta el punto de no abrigar ni inspirarse dudas ni celos: la necesidad de sus almas estaba completamente satisfecha, no necesitaban nada mas, no formulaban sus deseos, no conocían sus aspiraciones, no sabían cómo esperar, porque era tan hermoso lo presente, que no dejaba pensar siquiera en que existía lo porvenir. Y este amor sin aspiraciones no es un sueño, no es una utopía, es una realidad, es, ni mas ni menos, la bienaventuranza, el amor de los ángeles á Dios. Los bienaventurados y los ángeles no descan mas que lo que tienen, no aspiran á mas de lo que tienen, se reconcentran en su beatitud y no pueden abrigar esperanzas, porque no conocen el temor. El amor de Rosa y de Julio era el amor, la felicidad, la beatitud de los bienaventurados y los ángeles; amor bendito cuyo cielo no cruzaba ni una sola nube, cuyo ambiente no infestaba ni un vapor impuro, en cuyo ámbito no se levantaba el fantasma de un remordimiento, no aparecía escrito un recuerdo, no sonaba la voz de una aspiración criminal. Amor bendito una y mil veces que debió purificar la tierra á su paso; amor bendito que debió hacer de Julio y Rosa dos semi-dioses, supuesto que fueron capaces de fomentar tan santo amor.

IV.

Así vivieron Julio y Rosa durante seis meses cumplidos. ¿Qué son seis meses en la vida de la humanidad? Seis granos de arena en los desiertos de la Arabia, seis gotas de agua en la inmensidad del oceano. ¿Qué son seis meses en la vida de un

hombre? Pueden ser un recuerdo indeleble; un recuerdo que baje con él á la tumba. En el período de seis meses no riñeron Julio y Rosa ni una sola vez; no se dirigieron ni una sola frase que tuvieran que contradecir ó retirar; no tuvieron ni un solo pensamiento del cual se vieran, en lo mas íntimo de sus almas, en la necesidad de arrepentirse. Vivieron á la faz del mundo sin que nadie les motejara lo mas mínimo, pensaron á la faz de Dios sin que tuvieran que ruborizarse ante él. Julio y Rosa deberían haber conservado al daguerreotipo este período de seis meses y, si no podían continuarlo, haberle tenido constantemente ante sus ojos, para no deslustrarlo con otros períodos distintos. La humanidad debería tambien colocar este hermoso cuadro en uno de los lugares preferentes de ese templo llamado siglos, porque es una página de su historia que no deja de hacerla honor. Julio y Rosa debieron no separarse por nada ni nadie del mundo. Cuando se vive tan bien juntos, ¿para qué buscar el tormento de una triste separación!

Julio y Rosa no debieron separarse por nada ni nadie del mundo; pero es lo cierto que se separaron porque Julio tuvo que dejar la ciudad. Se separaron despues de haber sufrido dias de una incomparable inquietud; se separaron con la persuasión mas arraigada de que duraria poco la ausencia; se separaron con la esperanza de volverse á ver; se separaron con la angustia en el corazon y las lágrimas en los ojos. Se separaron y.... Aquí debe concluir la historia, porque aquí acaba el Amor de ángeles.

JUAN DE ARIZA.



CASA DE LA CADENA EN NAVALCARNERO.

En los pueblos cultos se tiene á mucha gala conservar los monumentos históricos que recuerdan la memoria de los siglos anteriores. — En España, por desgracia, no se estiman estos recuerdos, porque la generación actual estimulada por la codicia ha destruido en pocos años edificios notables, cuyas inscripcio-

nes consignadas en páginas de piedra son miradas todavia con un profundo respeto.

En Francia y en Inglaterra, donde se profesa gran proteccion y respeto á la propiedad, no solo no se permite por las corporaciones científicas ni por los municipios demoler las obras anti-

guas que recuerdan algun hecho histórico, sino que por el contrario se están restaurando hoy mismo con gran cuidado para perpetuarlas en los siglos venideros.

Pero en nuestro país, — mengua es decirlo, — la punible negligencia con que se miran por algunos pueblos los edificios histórico-monumentales, está dando por resultado que vayan desapareciendo estos al impulso de la piqueta destructora, sin dejar otro vestigio para lo futuro que el nombre escrito en el gran libro de la vida — *la Historia*.

La casa de la cadena en Navalcarnero, cuyos restos representa el grabado que encabeza este artículo, si bien no encerraba gran mérito artístico, era notable sin embargo por haber tenido lugar bajo de su techo los esponsales del monarca español Felipe IV.

Y no se crea que la fundacion de Navalcarnero viene de remotos siglos cuya memoria se pierda en la oscuridad del tiempo, no; es poblacion moderna que debiera haber conservado por lo mismo el único monumento histórico que tenia en su recinto.

Daremos una rápida ojeada sobre la fundacion y crecimiento de esta numerosa villa en los trescientos cincuenta y seis años que tan solo cuenta de existencia, aduciendo curiosos pormenores al objeto principal que nos ocupa.

Tres vecinos de la ciudad de Segovia llamados Juan Villar,

Pedro Navas y Martin Medrano, eran en el año de 1499 los dueños exclusivos de la mayor parte del término que hoy tiene Navalcarnero, cuyos terrenos ya se conocian de muy antiguo bajo los nombres de la *Perdiguera* y las *Navas del carnero*. — Estos buenos patricios, impulsados por el noble sentimiento de engrandecer á su país, se convinieron en fundar un pueblo respetable; pero con una abnegacion tan completa de sus derechos, que esto solo bastaria para honrar justamente su memoria. No solo cedieron en mancomun con voluntad libre y espontánea sus terrenos, sino que contribuyeron generosamente con sus fortunas al loable fin que se propusieran. — ¡Así se obraba en aquel tiempo por solo perpetuar el nombre!

En el mes de marzo de 1500, siglo de gloria para España, dieron principio á su obra aquellos tres varones. — Escogieron, pues, una pequeña colina en la carretera que atraviesa el centro del pueblo para ir á Estremadura y Portugal; muy combatida de los vientos, es verdad, pero que en cambio es saludable y de un cielo clarísimo. Y fué tal la actividad desplegada, tanta la importancia que se dió al nuevo pueblo, que no habian transcurrido cuatro años cuando ya se hallaban construidas mas de cien casas, entre ellas la capítular ó de ayuntamiento y la iglesia parroquial.



Ermíta de S. Roque, propiedad del pintor de cámara Sr. Ribera, autor del dibujo que la representa.

Muchos hidalgos de la nobleza castellana tomaron vecindad en él. Esto se encuentra plenamente confirmado por los blasones y escudos de armas que todavía ostentan linajes ilustres en la mayor parte de sus antiguas casas. — Aquel suelo, en fin, es la patria de Sebastian Muñoz, pintor notable en el reinado de Carlos II, y de otros muchos caballeros santiaguistas, y de la orden militar de Alcántara.

El pueblo de Navalcarnero, distante cinco leguas de Madrid, tuvo un aumento notable por la refundicion en el mismo de los lugares ya despoblados conocidos bajo los nombres de la *Zarzuela* y *Tirazentenos*. Consta en el día de seiscientas cincuenta casas distribuidas en calles regulares, de una plaza mayor donde está el ayuntamiento, en cuyo edificio existe el escudo de armas de la villa representando en dos cuarteles las tres cabezas de los fundadores y el célebre acueducto de Segovia; de una plazuela — la cruz verde, — un hospital para pobres titulado de S. Pedro, cárcel pública, ocho posadas, tres escuelas de niños de ambos sexos, una hermosa iglesia parroquial dedicada á la Virgen de la Asuncion, día en que se puso la primera piedra, y cuatro ermitas á S. José, S. Cosme, S. Juan Bautista y S. Roque.

Pero no es nuestro objeto referir aquí la estadística y el modo que tuvo de crecer en pocos años este pueblo, por la ventajosa situacion que escogieron sus fundadores; solo diremos que consta ya de unas cuatro mil almas, que se ha elevado á villa con juzgado de primera instancia, y que si bien su terreno arenisco no es de la mejor calidad, constituye sin embargo su riqueza agrícola, — segun el Diccionario de Madoz, — un capital productivo de treinta y dos millones de reales.

Nuestro propósito ha sido otro: es perpetuar la memoria del suceso histórico que tuvo lugar el 7 de octubre de 1649 en la casa del licenciado D. Miguel Gonzalez Ollero.

Inscripciones que todavía se leen por el viajero en las cuatro lápidas conservadas en las ruinas, prueban claramente el alto honor de haber sido un día *real palacio*. — Aquel recinto, hoy pobre albergue, pero lleno de inmunidades y de todos los privilegios que se conceden á los palacios y casas reales, tuvo en su suelo la grandeza del reino y el lujo de toda la corte de Castilla. En esta casa, conocida por la de la cadena, se celebró la boda del monarca español D. Felipe IV con la archiduquesa Doña María Ana de Austria; matrimonio del cual nació Carlos II el *Hechizado*, último rey de la rama de Austria y entronque, por su

muerte sin sucesion, de la familia reinante de los Borbones en España.

Felipe IV, hijo de Felipe III, llamado el *Bueno*, luego que fué jurado por las Cortes en S. Gerónimo de Madrid, el 13 de Enero de 1608, como príncipe de Asturias heredero á la corona, contrajo esponsales en primeras nupcias con Isabel de Borbon, hija de Enrique IV de Francia. — Desgraciada esta reina en lo mejor de su edad, obtuvo en segundas nupcias la mano de su sobrina carnal Doña María Ana, hija del emperador Fernando III de Austria; acontecimiento de los que forman época en los reinos y que son celebrados, como el nacimiento de los príncipes, con grandes festejos, gracias y mercedes.

Llegaron, pues, los mensajeros á Madrid con la noticia del feliz desembarco de la futura reina en el puerto de Denia, y toda la corte se puso en movimiento para la villa de Navalcarnero. En este pueblo esperó el rey á la novia, y, dice la crónica, que S. M. estuvo muy contento y complacido por las grandes fiestas que se le hicieron.

El 6 de octubre de 1649 hizo su entrada la reina Doña María Ana, en medio de la ovacion y aclamaciones de júbilo mas completas. Arcos de verde follaje, cuajados de versos é inscripciones alusivas al objeto habia en la carrera; celebrando por la noche el recibimiento con grandes luminarias, danzas al estilo del país, fuegos artificiales y con cuantos regocijos son inherentes á un suceso de esta clase. — El rey, vestido de incógnito, salió á caballo mas de un cuarto de legua del pueblo, por la curiosidad de ver primero á la archiduquesa, partiendo despues al escape por una vereda, á fin de recibirla con los ministros y los grandes de la corte en la casa-palacio del licenciado Gonzalez Ollero.

Al dia siguiente, previo el ceremonial que en tales casos autoriza el ritual y la etiqueta, tuvieron lugar, dentro de la misma casa, los desposorios y la velacion á un tiempo; oficiando el cardenal arzobispo de Toledo D. Baltasar de Moscoso, presenciando la solemnidad del acto el patriarca de las Indias D. Alonso Perez de Guzman y todos los grandes y convidados de la corte. — Despues se fueron los regios consortes al Escorial, bajaron al Pardo é hicieron á muy pocos dias su entrada pública en Madrid.

En memoria de todo esto fueron puestas en la casa de Ollero, la cadena, el escudo de armas reales y las cuatro lápidas cuyas inscripciones recuerdan el suceso, en las cuales, sin duda algun poeta de aquel tiempo que acompañara al cortejo, dejó escrito su pensamiento. Dicen así:

— 1.ª —

Aunque corto es el espacio
que ves de esta casa toda,
al gran Filipo en su boda
sirvió de noble Palacio. —
Ilustre le considero
al dueño que en ella vive,
que de tal sol, luz recibe
la dicha grande de Ollero.

AD PERPETUA REY MEMORIAM.

Palacio Real y casa honorífica de Licenciado Miguel Gonzalez Ollero, clérigo presbítero, y de Catalina Brunete, su madre, donde se casó y celebró sus Reales bodas el Rey D. Felipe IV el Grande, con su sobrina Doña Maria Ana de Austria, hija del Rey don Ferdinando III de este nombre, emperador de romanos y rey de Hungría, y de Doña Maria de Austria: en siete dias del mes de Octubre, año de 1649.

— 2.ª —

A toda casa aventaja
esta mansion peregrina,
que de la perla mas fina
es por su dicha la caja. —
Aquí quedaron unidas,

sin temer infeliz suerte,
dos vidas que hasta la muerte
en una serán..... dos vidas.

AD PERPETUA REY MEMORIAM.

Y para perpetua memoria de cosa tan singular de que estas casas del Licenciado Miguel Gonzalez Ollero y de Catalina Brunete, su madre, son en las que la Magestad del Rey Don Felipe IV el Grande, celebró su boda con dicha su sobrina, las concedió todos los privilegios, concesiones, gracias é inmunidades de que han gozado y gozan sus Palacios y casas Reales: en siete de Octubre, año de 1649.

¡Triste condicion del tiempo!..... La casa de Ollero ha venido por herencia á un albañil que, no sabiendo apreciar la historia, hizo derribar la fachada hace muy pocos años; pero que el Ayuntamiento de Navalcarnero le obligó, sin embargo, á conservar las cuatro lápidas en los restos de pared que aun quedan. — Antes que consentir su demolicion, debiera haberla comprado al propietario como un recuerdo histórico de la villa.

JULIAN SAIZ MILANÉS.

PARIS FISICO Y MORAL

estudiado durante la exposicion de 1855 por un español.

(Continuacion.)

IV.

El extranjero que ya ha comido en la primera calle y casa que tuvo por delante cuando sintió su estómago dispuesto, prefiere por lo comun, para tomar café, uno de estos establecimientos en que se da espectáculo, á los otros semi-políticos, semi-comerciales, donde tantas paparruchas tuvo necesidad de escuchar por la mañana.

Hay, con efecto, en París una porcion de cafés cuyas puertas se hallan libres para todo el mundo, donde solo por el precio de los artículos que se consumen, disfruta el concurrente de alguna fiesta musical, ya de solos instrumentos, ya de piano y canto, ó bien de orquesta y voces, que son los que con mas propiedad llevan en su frontis el nombre artístico-gastronómico de cafés-conciertos.

Estas casas, menos notables por su lujo que la generalidad de las de su especie, ofrecen sin embargo de notable mayor número de macetas y cajones de flores (adorno muy comun en los establecimientos públicos de Francia) como indicando que para la transicion de lo positivo á lo bello se necesita un camino florido y oloroso.

Toda la tropa relegada de los teatros líricos en razon de su edad y de sus defectos personales, ó de la edad y defectos de sus voces; toda la falange musical que no encuentra colocacion en otros lugares mas filarmónicos, se refugia y establece en estos cafés, cuyo público siempre indulgente ó distraído, tolera ciertas desafinaciones, falsas-notas, gallipavos etc. en que suelen incurrir los artistas imperiales encargados de la funcion.

Y al llamarles artistas imperiales no se crea lo decimos por mofarnos de su mísera situacion y escasas facultades; sino porque ellos se lo llaman á si propios, recordando los antiguos dictados de su carrera. Las listas colocadas á las puertas de los cafés con los programas de la funcion de cada noche, no contienen menos de cuatro ó seis nombres célebres, segun ellos lo dicen, en los grandes teatros de la Scala de Milan, de San Carlos de Nápoles, cuando no de la Academia imperial de París. Pobres coristas y comparsas de estos teatros, acostumbrados cuando comian á ser modestos, llevan ahora que no comen, su inmodestia hasta el punto de no querer repetir una pieza por no cansarse.

Vestidos los artistas de frac y corbata blanca, al uso de todo el que se presenta ante un público francés, y escotadas y de

manga corta las damas, muy dadas de betun blanco y rojo, y muy prendidas de flores, se adelantan uno á uno ó todos juntos segun lo exige la pieza, hácia el proscenio ó sea barandilla de hierro que separa su chirivital del aposento del concurso; y desde allí gorjean, trinan y se despepitan, interpretando los mejores trozos musicales de su repertorio, entre el humo denso de las pipas, el ruido de las voces, el chasquido de la cerveza, el rumor de cien conversaciones diferentes, y tal cual risotada cruel que se escapa de un grupo estudiantil, menos dispuesto á la prudencia de lo que el caso exige.

Una salva de aplausos siempre que termina una pieza, no sabemos si porque ha gustado mucho, ó porque ha concluido, ó porque el dueño del café costea su *claque* como todos los empresarios, es, además de lo poco que ganan, la recompensa á que aspiran aquellos tenores absolutos, aquellas tiples sfogatas, aquellos baritos y bajos, cuya hoja de servicios no merecía sin duda una tan humilde contera como la que le ponen.

Entretenido el extranjero con el espectáculo que, si no para repetido diariamente, es sí para presenciado alguna vez, no echa de ver que ha tomado agua de castañas por café, mal aguardiente con azucar quemada por rom, y que luego le cuestan ambas cosas dos pesetas, cuando en el mejor establecimiento de París las hubiese tomado por menos de la mitad. Pero de alguna parte han de salir los gastos del concierto. Se resigna, paga y se va á un baile.

Los bailes de París no sabe el público dónde están, ni aun aquellas personas que por la costumbre de vivir en la gran ciudad conocen todo lo clásico y genuino que en ella se alberga. Y no extrañamos que nadie sepa dónde están, porque el saberlo equivaldría á conocer una á una todas las casas de París.

Cuando mas descuidado va el extranjero por una calle, en las noches de día festivo principalmente, siente caer sobre sus oídos una lluvia de notas inarmónicas escapadas de trompetas y violines crujendo á todo su crujir; alza la cabeza y vé que aquel espurréo filarmónico salta por un balcon, profusamente iluminado, en cuyo centro un farol de colores tiene escrito el programa entero de la funcion en estos términos: — «Baile: á 10 sous» (diez y seis cuartos). «Las señoras gratis.»

No se crea que el adorno y compostura del local corresponden nunca á lo ingrato del precio de la entrada, pues en París aun las criadas de servicio no bailarían una polka en sala que no tuviese alfombra, y ricas colgaduras, y profusion de gas, y músicos vestidos de etiqueta, así supieran que en el baile alternaban todos los estudiantes, locos y malgastadores, de la escuela de medicina. Los locales son, pues, mas que decentes (en el sentido expreso de la palabra), y á ser otros la reunion y el estilo de sus modales, podría llamarse decente el espectáculo.

Pero volvamos al principio. — El sistema de anuncios de París, sobre el cual gravita una contribucion enorme, impide á las empresas de medio pelo el publicar como debieran sus funciones; pues si á tal se atreviesen, invertirían en ello la suma total de sus productos. Quedan por consiguiente reducidas á los recursos de su ingenio para atraer la concurrencia que desean.

Muchas luces de gas, rabiosas colgaduras ondeando en la jamba interior de los balcones, mucha ventana abierta y mucha música, hé aqui lo que á mas del farolillo (por cuyo letrero pagan contingente), sirve de programa, cartel y llamativo para estos bailes. Mas ni aun así suele acudir la turba polkadora en razon al prodigioso número de salones que les abre sus puertas; y es fama que en semejantes casos recurre el empresario á cierto método, muy parecido al que para fumar emplean los presos mas truhanes de nuestras cárceles.

Cuentan en efecto de ellos (y el lector habrá de perdonarnos lo chavacano del recuerdo en gracia de su exactitud) que cuando desean fumar y no tienen tabaco, cogen una mosca, la eubren con el dedo de una mano sobre la palma de la otra, y en tal disposicion se acercan al primero que fuma y le dicen: «Añade.» El fumador que no daría un cigarro entero, completa si lo que á su camarada le falta para echarlo, y este poseedor ya de una levadura, tira su mosca y se llega á otro amigo en de-

manda de otra añadidura; por cuyo método junta lo que pedido claramente no llegaría á alcanzar.

Pues bien, los empresarios de bailes de París disponen su funcion, ponen fuego á las velas, hacen sonar la música, y cogiendo despues á media docena de desatentados polquistas á quienes pagan, les obligan á deshacerse en brincos sobre el pavimento, á gritar, á reir, á enloquecerse en la sala del baile, con lo cual, bien mirado, no hacen sino decir á los transeuntes: «añade:» el transeunte en efecto, aun cuando tuviese pensado ir á otro baile, desconfía de que aquel esté tan animado como esotro parece estarlo, y dentro ya se convierte en levadura de la concurrencia, y toma por recurso el gritar, destaconarse y enloquecerse para llamar mayor número de parejas y asegurar de este modo su diversion.

Hé aquí la manera ingeniosa con que viven esos infinitos salones de baile al pormenor, de que está poblado París en todas direcciones.

Pero ¿cómo con tan mezquina cuota se pueden soportar tales gastos y aun realizarse positivas ganancias?

El lector nos permitirá que le excusemos la descripcion de un baile cuyas peripecias puede presumirse, y que pasemos á hablar de otro mas notable, en el que hallará á mas de cosas peregrinas, la resolucion del problema económico que acabamos de apuntar.

Iremos con el extranjero á Mabilille.

V.

Pocas serán las personas, aun entre las que menos hayan oído hablar de París, que no conozcan los nombres de la *Gran chaumière*, *El castillo rojo*, *El castillo de las flores*, *El jardín de invierno*, y con preferencia *Mabilille*, como lugares de recreo destinados á la danza y la broma, para solaz de los franceses y encanto y admiracion de los extranjeros.

Sobre todo, los habitantes de Madrid, que pocos años hace tuvieron un remedo de ellos en el *Jardin Chaplet*, comprenderán á poco que se diga lo que en la babilonia de París serán estas tan decantadas y suntuosas fiestas, muy mejoradas á la fecha que escribimos, con motivo de la exposicion de la industria.

Atraído por la fama europea de semejantes bailes, por su deseo de gozar, por su afán de enterarse de todo, y aun mas porque cuantos le hablaban de diversiones públicas, preguntábanle á coro si había estado ya en Mabilille, decidió el español de quien en el curso de este escrito venimos hablando, cepillar su casaca, ponerse un pañuelo blanco en el pescuezo, y á cosa de las ocho y media ó nueve de una noche de mayo, tomar el camino de Mabilille, con tanto mas motivo cuanto que la diversion costaba tres pesetas, que para ser verídicos en todo debemos añadir, menos seis cuartos.

Advirtiéndole un amigo que por ser la distancia un poco larga, y por exigirle tambien así la costumbre admitida, era necesario tomar un carruaje; lo que aumentaba poco en verdad el presupuesto de la broma, pues todo se reducía á dos pesetas mas. Tomó su carruaje, y en dos brincos se encontró á la puerta de Mabilille.

Un dependiente con gorra engalonada y banderola al pecho, acudió á abrir la portezuela del carruaje; favor casi excusado para las berlinas modernas, y que á pesar de ello hubiese retribuido nuestro hombre, como fino que era, con un «muchas gracias, caballero,» si el abridor no le hubiera exigido medio real por el servicio que acababa de hacerle. Resistióse á tamaña tontería; pero ante la frase del cochero «es la costumbre,» no tuvo mas remedio que dar sus cuartos, «como tambien es costumbre (añadió el del pescante) gratificarnos á nosotros cuando conducimos á fiestas de este género.» — Miróle de reojo el español, y sobre el precio y la propina aumentó otro realejo, para no reñir con la costumbre.

En estas y en las otras había olvidado nuestro presunto bailarín que el pavimento de la corte de Francia está húmedo y enlodado de continuo, por lo cual es muy del caso no pisar tierra alguna entre el estribo de un carruaje y el zaguan de la

casa á que se llega; pero otro dependiente de Mabilie con una esponja húmeda y un paño fuerte y seco, se encargó incontinenti de advertirle su falta, bruñéndole al primor la pala de su charolado zapato. — Este servicio estaba tasado en otro real.

Un muchacho se acercó en seguida á preguntarle si sabía cuál era el despacho de billetes para caballeros, y cuál el de señoras; á lo que el interrogado contestó sencillamente que no.

— Pues están los dos juntos, y es allí.

Señalóle el pillete con el dedo la casita pintada que tenía por delante, á cuyo frente y en letras como puños se leía: «Despacho de billetes.» — Los cuatro cuartos que le exigió el truhan, se los dió el español con mucho gusto: la agudeza en verdad lo merecía.

Hétele pues ya con su billete de tres francos en la mano y su santa voluntad por norma, para gozar á discrecion de los encantos de la fiesta.

El primer golpe de vista de Mabilie, produce un efecto sorprendente. — Figuraos todo cuanto la imaginacion mas acalorada y voluptuosa ha podido inventar de mágico y de bello, con la ayuda de la oscuridad de la noche, la brisa de la primavera, el aspecto severo de los árboles, la clara luz del gas, el aroma purísimo de las flores, la armonía de las aves, el murmullo del agua, los acordes de una música fantástica, y el arte francés por añadidura reproduciendo, contrastando efectos y bellezas hasta donde las exigencias de una sociedad refinada y sibarítica pueden llegar; figuraos los jardines de *Semiramis*, los laberintos encantados de las *Mil y una noches*, solo mas mundanales, con mas animacion, con mayor gracia; figuraos, por último, las fiestas de los pueblos gentilicios dirigidas por el mismo que fabrica el primoroso candelabro de vuestra chimenea, y tendreis una idea aproximada del golpe de vista que os espera en la primera galería del jardín de Mabilie.

Callejitas enarenadas con polvo rojo, ya circulares, ya rectas, sembradas de flores en sus orillas, valladas por antepechos de yerbas olorosas y contenidas entre hileras de espesos árboles, cuyas copas cortadas ó bien en bóveda circular, ó triangular, ó plana, las transforman en caminitos cubiertos, veladas á veces por la sombra, deslumbrantes otras por la claridad de cien luces; fuentejillas, arroyuelos, estanques, cascadas, montañas, valles todo en miniatura, todo reluciente de oro y adornado con un millon de lucécitas que asemejan por la variedad de los colores un foco de diamantes, topacios y rubíes; pájaros que cantan, quizá porque la empresa quiere, pero que cantan; un templete magnífico elevado en el centro, cuyos arcos, columnas y barandas doradas despiden luz por todas partes, y desde el cual se lanzan al espacio los acordes de una armoniosa orquesta; canapés, divanes, hamacas, esparcidos de aquí para allá convidando á sentarse, á recostarse, á columpiarse al lado de un arroyo, en la falda de una montaña, en el centro de una gruta sonora; brillantes letreros escritos en el espacio de la noche con caracteres de luz, anunciando la pieza que ha de bailarse; y casitas al volver de cada camino con juegos de billar, de bolos ó de naipes, con tiro de pistola, espada y florete, con cafés, pastelerías, confiterías, canastillos de frutas, ramos de flores, guanterías, perfumerías, tocadores, roperos para alquilar, carruajes para salir, libros, periódicos, estampas y cuanto puede redundar en distraccion, comodidad, goces y delicia de la criatura, todo previsto, todo dispuesto, todo á la mano.

En tal edem turco, en tal zambra israelita, en tal bacanal romana entró nuestro extranjero la noche de que vamos hablando, con la torpeza en los pies, con el asombro en los ojos, con la admiracion en los sentidos. Era aquello un espectáculo nuevo para él, á cuya contemplacion extrañaba que no hubiese acudido todo el mundo.

(Continuará.)

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

Una semilla de coquetería que cae en el corazón de la mujer, produce al día siguiente un bosque.

MURGER.

La mujer que solo tiene un amante, cree que no es coqueta: la que tiene muchos cree que solo es coqueta.

LA BRUYERE.

DE UN DRAMA INÉDITO

TITULADO

LA FLOR DEL VALLE.

PASCUAL. Hay una edad en la vida en que, la causa se ignora, siempre aparece la aurora con cintas de oro vestida. Edad de tranquila calma en que al soplo bienhechor de su supremo hacedor se despierta alegre el alma. Edad de placer henchida exenta de sinsabores, en que solo se ven flores en la senda de la vida, y en que un bienestar incierto vaga por el ser que altera, como el águila altanera vaga errante en el desierto. Y entre el placer y el dolor, que van robando la calma en esa edad sueña el alma la primer risa de amor. De pronto en tan bello abril nace una víbora artera, es la lágrima primera precursora de otras mil, y húndese entonces la suerte en el dolor y el hastío, como el arroyo en el río, como la vida en la muerte. Entonces toma el amor mas profunda intensidad: esa, Leonor, es tu edad, ¡guárdate de ella, Leonor!

LUIS MARIANO DE LARRA.

MADRIGAL.

A. J....

No es mas bella la flor porque el rocío con frescas gotas su corola esmalte, ni porque ardiente inspiracion me falte será menos amante el canto mio.

Este que yo te envío, ofrenda es de mi amor, tenla en tu alma como santa reliquia, aun cuando es leve; que si es bella la palma porque se eleva en el desierto altiva, eslo tambien la florecilla breve aun cuando oculta entre los juncos viva.

MANUEL M. MURGUIA.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Los Reyes Católicos conquistaron con las armas á los moros el reino de Granada.

Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.